

CUENTOS EUSKAROS

EL CORDONAZO DE SAN FRANCISCO.

I

Aquel año el terrible cordonazo se desató iracundo, cuando menos se esperaba, en todo el Cantábrico. Sus estragos fueron espantosos en mi pueblo, un pueblo de pesca en Guipúzcoa, enclavado entre peñascos en la misma playa, abierta en la roca viva, por donde el mar entra, en los días serenos, en olas que persiguiéndose unas á otras, parecen formar las sinuosidades de una enorme concha, que luego vienen á estrellarse rabiosamente contra las rocas que defienden las primeras casas del pueblo, como si quisiesen asaltarle y llevarsele arrastrando hastalas profundidades del mar.

Aquel triste día salieron por la mañana al mar cinco traineras: todo presagiaba un hermoso día de otoño: enormes cúmulos de blancura deslumbradora y de formas caprichosas pasaban lenta y majestuosamente por el horizonte como una legión de informes y extraños fantasmas que en confuso montón fuesen á celebrar su *akelarre* en las profundidades de aquel cielo tan azul y tan sereno que parecía ocultar allí á lo lejos mansiones llenas de luz y de misterio; un noroeste, fresco y saturado de salitre, soplabá de vez en cuando sobre el pueblo arrebatando el humo que salía de las chimeneas de las casas para formar á lo lejos nubecillas que se disolvían instantáneamente en aquel ambiente lleno de frescura y de vida.

Los pescadores, demasiado confiados y prometiéndose buena pesca izaron las velas aprovechando el noroeste y se alejaron de la costa. No parecía sino que la Naturaleza, ataviada con las galas de un hermo-

so día, quería atraer á los pescadores para abandonarlos luego á la cólera de un mar furibundo, siempre ávido de víctimas. No hacía tres horas que los pescadores se habían alejado del puerto cuando tras los blancos y amazotados cúmulos empezaron á aparecer algunos nubarrones preñados de amenazas y que cerniéndose lentamente sobre el horizonte parecían ir presagiando con sus tintes sombríos la lucha titánica entre los elementos. Pronto los nubarrones, compenetrándose, echaron sobre el mar un manto de un gris confuso que sumió todo en una neblina ténue y tristonra; el mar se revistió de tonos verdosos, y ligeros rizos de espuma apareciendo y desapareciendo simultáneamente parecían ir anunciando la terrible conmoción que ya se agitaba en sus entrañas, y no sé si sería ilusión mía, pero aquellos rizos que surcaban tan rápidamente la superficie del mar se me antojaban las sonrisas de satisfacción del mónstruo que vé acercarse la hora de la lucha y de la destrucción. Luego, de pronto, instantáneamente, como si cayese de lo alto, una racha de viento silbando, aullando, arrasando todo á su paso, se cebó sobre la costa como una legión de encadenados demonios. ¡El cordonazo fustigaba cruelmente al mar y éste se revolvió furioso, herido, rabioso contra aquél ataque inesperado! ¡Y pensar que allá á lo lejos, en medio de tanta revuelta, de aquél desencadenamiento de las cóleras de un mar soberbio, unos cuantos hombres, entre cuatro tablas, eran el juguete de las Olas...! ¡Qué triste es la vida del pescador! ¡Qué horrible es la lucha por la existencia: por un pedazo de pan arriesgarse á una muerte tan terrible...!

II

Pocas fueron las familias que no vistieron luto por la pérdida del marido, del hijo ó del padre.

La pobre Karmencho era la más digna de compasión: hacía sólo ocho días que se había casado con el hombre que desde muy niño quería con toda su alma, y el mar en un momento le arrebató toda su futura dicha.

Desgracia tan terrible la volvió loca. Todo su afán era vagar por las playas cercanas, andando á paso lento, moviendo acompasadamente los brazos como si fuese remando y de pronto se paraba, gritaba ¡Ramoncho! escuchaba atentamente y como no recibía contestación,

movía tristemente la cabeza y proseguía su viaje por las soledades de las playas que á ella se la antojaban las soledades del mar.

Un día me la encontré en la playa de un pueblo cercano. Cuando me vió, vino corriendo á mí y cogiéndome con fuerza del brazo, me dijo:

—Ven, acompáñame y le verás; ya le he encontrado. Y al cabo de un rato en que anduvo despacito, remando en un mar imaginario, prosiguió:

—Vamos á bajar aquí.

—¿Adónde?—la pregunté mirando á mi alrededor.

—Ahí abajo, al fondo del mar—me dijo en voz muy baja.

¡Pobrecilla! Se abrazó á mí y mirando con miedo á un lado y á otro, me decía:

—¡Qué hondo está el mar aquí! Nunca acabamos de llegar. A veces tengo miedo de perderme en este desierto de agua, y estarme toda la vida así, bajando, bajando rodeada de tanta agua, en medio de este silencio y con esta luz tan triste, tan ténue...—Y la pobre loca creía que íbamos bajando por en medio de las aguas lenta y majestuosamente como las ondinas.

—Ya hemos llegado. Ven, está en aquella cueva... No, no tengas miedo, no nos perderemos, conozco el camino...—Me cogió una mano y me guiaba mientras que con el otro brazo, extendido, andaba penosamente, como si realmente el peso del agua la molestara en sus movimientos.

Yo, cada vez más admirado de ver tan extraña locura, la seguía en silencio muy conmovido.

De pronto se paró y se quedó mirando arrobada un objeto imaginario en el espacio. Luego exclamó:

—¡Qué negra está la cueva, mira cuánto peñasco que suben y suben entre las aguas como una gigantesca y monumental escalera que conduce á la superficie del mar! ¿Vés esa enorme peña que parece que va á desplomarse? No tengas miedo: esas algas que parecen cintas de colores, la rodean, la sostienen, y aunque parece que las cintas van á romperse, no, no tengas miedo; mira cómo la balancea el mar suavemente, parece una enorme cuna que los ángeles sostienen desde arriba con esas cintas... Y la pobre seguía describiéndome maravillas inconcebibles, y que el mar indudablemente encierra en su seno, pero que sólo la fantasía de un Verdaguer en *La Atlántida*, ó de un Julio

Verne en sus fantásticas obras, puede concebir. Karmencho, por un misterio del alma humana, también lo veía, lo admiraba y cantaba un poema digno de un génio.

Me hizo entrar en la imaginaria y maravillosa gruta, y allí se la antojaba encontrarse en medio de grandezas inconcebibles, en una cueva profunda, llena de luces misteriosas, fantásticamente adornada con arbustos de mil formas y colores, con caprichosas guirnaldas de vistosas algas que pendían del techo y que se mecían con ondulaciones suaves, se oía allí una música ténue, tierna, que conmovía dulcemente y que incitaba á un sueño que había de llevarnos á regiones llenas de resplandores fugaces, en un ambiente blando y saturado de suaves aromas, mecidos por una dicha, un bienestar inefables y en medio de un silencio grandioso y profundo como si todo ruido espírase en aquella región por no interrumpir el sueño de las almas que silenciosas y revoloteando surcaban aquel ambiente sutil y luminoso.

Dentro de la encantada cueva, Karmencho andaba con precaución, á veces daba un rodeo como si no quisiese pisar ¿quién sabe? alguna caprichosa chirla que descansaba indolentemente sobre la fina y dorada arena. Después, me hizo señal, poniendo un dedo sobre los labios, y arrodillándose se quedó extasiada contemplando algo que había de conmoverla profundamente porque sus lágrimas caían silenciosamente....

—Está durmiendo—me dijo en voz apenas imperceptible.—Todavía no ha despertado. Mañana volveré, déjale dormir...

Y salimos de la gruta, y como bajamos volvimos á subir por en medio de las aguas, y cuando Karmencho volvió otra vez á hablarme, yo desperté Corno de un sueño, me pasé la mano por los ojos, miré á mi alrededor y me encontré en la playa, con un mar tranquilo y sereno y un cielo de un azul profundo y me costó trabajo convencerme de que no había hecho más que dar vueltas á la orilla del mar.

JOAQUÍN L. BARRERA.

